

El Legado de un Titán

Alberto Soler Montagud

Primera parte

MONOTONÍA INTERRUMPIDA

CAPÍTULO 2

La muerte de Lucas Martín

Martes, 19 de octubre de 1999

El martes por la mañana Gustavo alquiló un pequeño utilitario. Aunque faltaban varios días para que iniciara su viaje, quería familiarizarse cuanto antes con la conducción (llevaba meses, incluso años, sin conducir) y decidió utilizar el coche para ir a comer a un restaurante de la playa que frecuentaba tiempo atrás. Pidió una lubina como plato principal, aunque apenas si llegó a probarla, no porque no estuviera fresca ni se encontrara en su punto (de justicia era reconocer que la preparación resultaba exquisita), sino porque la frenética actividad que se había puesto en marcha como consecuencia de la llamada del pasante había conseguido que se le cerrara el estómago por completo. No hacía más que recordar sus años en San Florián, el pequeño pueblo soriano donde pasó cinco intensos años de su vida hacía casi tres decenios, y todas las personas con las que llegó a constituir una especie de familia durante aquella etapa de su vida: su nunca olvidada Alma, el entrañable Antón Maldonado, la servicial Brígida, el chiflado Hans con sus disparatadas salidas de tono tan impropias de un sacerdote e incluso el empalagoso Tom, siempre saltando detrás de él con ganas de jugar. Todos se materializaron en su mente como si el tiempo transcurrido se redujera de pronto a la nada y el pasado renaciera con remozados ímpetus.

Después de comer, Gustavo pidió un café bien cargado y una copa de Torres de diez años y aprovechó para pedirle al camarero que le despejara la mesa que en pocos segundos se fue transformando en un improvisado escritorio conforme depositaba sobre su superficie varios objetos que

extraño de su maletín: una libreta tamaño cuartilla, su estilográfica Montblanc, un rotulador rojo y otro amarillo, ambos fosforescentes, un *discman* con auriculares y la inseparable agenda de tapas flexibles que siempre llevaba encima. Una vez montado lo que más parecía una mesa de despacho que el lugar donde acababa de saciar su exiguo apetito, Gustavo se dispuso a revisar la lista que había iniciado la tarde anterior y diseñar lo que sería la estrategia a seguir durante los cinco días que le quedaban antes de iniciar su viaje a Soria, un viaje que ya había decidido que emprendería el próximo domingo.

Gustavo era incapaz de hacer nada importante sin antes tomar unas notas que le sirvieran de guía. Temía tanto los olvidos como poder hacer algo de lo que después llegara a arrepentirse. En cierto modo, su actitud era la de un perfeccionista, sin embargo reflejaba una inseguridad de la que era plenamente consciente.

Siguiendo un rutinario protocolo, procedió a organizar la lista ordenando las tareas que había que realizar en varios epígrafes que a su vez se subdividían en apartados. Primero, las actividades relacionadas con su consulta (cancelar citas, dejar a un colega encargado para atender a los pacientes en el caso de que surgiera algún contratiempo...). Segundo, alquilar un coche (aunque era algo que ya había hecho, anotó la tarea sólo por el placer que le supuso marcarla con un asterisco rojo que la consideraba ya resuelta). Tercero, reservar habitación en un hotel de Soria... Así, poco a poco, Gustavo fue anotando todos los quehaceres que consideró imprescindibles e ineludibles para que nada se resintiera durante su ausencia.

Tan atareado estaba que se hicieron las cinco de la tarde sin que llegara a percatarse de que el tiempo había transcurrido. Gustavo pidió la cuenta y salió apresuradamente con dirección al Círculo de Bellas Artes, donde tenía previsto impartir a las diecinueve treinta un seminario dentro del ciclo de conferencias incluidas en el plan de formación continuada para psicoanalistas y público afín.

Una vez en el coche —conducir de nuevo después de tanto tiempo le proporcionó más placer que engorro—, decidió que hablaría con Lucas para pedirle que se hiciera cargo de sus pacientes por si surgía alguna emergencia durante el tiempo que él estuviera fuera. Lucas Martín era el presidente de la Sociedad Psicoanalítica —de la que Gustavo era socio fundador y secretario— y, al margen de su relación profesional, habían conseguido cimentar una sólida amistad que arrastraban ya desde los años en los que ambos estudiaban en la facultad de Medicina.

Apenas entró por la puerta del Círculo, media hora antes de la prevista para el inicio de la conferencia, Gustavo se sorprendió al ver que el *hall* estaba abarrotado de gente. Una inusual concurrencia rompía con los esquemas previos a los que este tipo de actos le tenían acostumbrado, pues lo habitual era que los asistentes acudieran no sólo en el último momento, sino incluso una vez comenzado el evento, algo que le exasperaba sobre todo si era él el conferenciante.

—¡Gustavo! —Marta, la tesorera de la Sociedad Psicoanalítica avanzó hacia él abandonando el grupo con el que estaba departiendo—. ¿Te has enterado de lo de Lucas?

—¿Lo de Lucas? ¿A qué te refieres?

—¿De verdad no sabes nada...?

—¡Dímelo de una vez! ¿Qué pasa con Lucas?

—Esta mañana lo han encontrado muerto en su despacho. Al parecer, alguien le ha disparado...

Marta parecía estar alterada, sin embargo no traslucía la emoción que por lógica debería embargarle en tales circunstancias. Gustavo, por el contrario, se quedó paralizado y sólo tras varios segundos consiguió articular unas palabras.

—¿Qué me estás diciendo...?

—Hará más o menos una hora han llamado de la comisaría y me han dado la noticia. Han dicho que vendría, creo que un inspector, para hablar con nosotros como miembros de la junta. Por cierto, Gustavo, ¿qué hacemos con tu conferencia...?

Marta hablaba con un tono casi tan frío como la sensación que sentía Gustavo en su espalda, recorriéndola de arriba abajo.

—¡A la mierda con la conferencia! ¿Cómo puedes pensar en el jodido seminario después de lo que me acabas de decir...? —Gustavo tenía los ojos vidriosos.

—La Policía me ha dicho —prosiguió Marta sin inmutarse— que, como Lucas era el presidente de la Sociedad Psicoanalítica, necesitaban hacernos unas preguntas por si podíamos aportarles alguna información...

—Pero... ¿no te han dicho nada más? ¿No les has preguntado nada...?

—Bueno, sí. Al parecer ha sido Carmen, su mujer, quien ha descubierto el cadáver. Habían quedado para comer y, al ver que no acudía a la cita ni cogía el teléfono, ha ido a Gómez de Aranda para averiguar si el conserje sabía algo. Una vez allí, han subido los dos al despacho y... ya puedes imaginar el resto.

—¡Pobre Carmen!

Gustavo escuchaba a Marta sin asimilar —y mucho menos admitir— lo que le decía. Percibía todo aquello como un absurdo inverosímil que comparecía ante él en medio de una nebulosa hasta que de pronto se sintió inmerso en una especie de ensoñación que le aturdió hasta casi llevarlo al borde del desfallecimiento. Paradójicamente, le aliviaba la esperanza de poder despertar en cualquier momento y descubrir que acababa de sufrir una horrible pesadilla.

Conforme avanzaba el tiempo, nuevos grupos fueron formándose en el *hall* y, a medida que llegaban más asistentes, recibían con estupefacción la noticia y hacían corro para ponerse al corriente sin dar crédito a lo que sus compañeros más puntuales les decían.

Sin ganas de hablar con nadie, y casi sin despedirse de Marta, Gustavo se dirigió a la cafetería del Círculo, donde había quedado para verse con Lucas antes de que diera comienzo la conferencia. Conforme iba cruzándose con sus colegas, correspondía con gesto serio y circunstancial a sus saludos, comprobando cómo algunos cuchicheaban en voz baja apenas le daban la espalda. Todos sabían que Lucas y Gustavo eran íntimos amigos y de pronto le incomodó el protagonismo que esa circunstancia le confería. Bien pensado —reflexionó Gustavo—, aunque Lucas era el presidente de la Sociedad Psicoanalítica, nunca llegó a mantener con ninguno de los socios una relación que fuera más allá de lo puramente profesional y académico.

Se daba la circunstancia de que la noche anterior Gustavo y Lucas habían mantenido una larga conversación telefónica en la que acordaron cenar juntos cuando acabara la ponencia. Lucas había manifestado un gran interés en hablar con su amigo ya que quería pedirle consejo en relación a la crisis matrimonial que atravesaba y Gustavo no se atrevió a decirle que esa misma mañana había hablado con Carmen acerca del mismo tema. Además de los asuntos personales, necesitaban resolver cierta cuestión relacionada con el despacho que compartieron años atrás (en un pasado reciente, Lucas y Gustavo habían iniciado su andadura profesional estableciéndose en un piso alquilado donde mantenían sus respectivas consultas) y también sobre el modo de evitar que Marta Rojo siguiera perjudicando los intereses de la Sociedad con sus intrigas y manejos.

Marta Rojo era una mujer algo más joven que ellos y había conseguido llegar a ser el paradigma de la amargura y la conspiración. Sólo pensaba en el modo en que podría manipular la opinión de los miembros de la Sociedad Psicoanalítica para captar así sus votos y alcanzar cuanto antes la presidencia, algo que a Lucas le supondría un gran alivio ya que desde hacía mucho tiempo ansiaba dejar el cargo. Pese a ser tan distintos e incompatibles en su forma de entender

ya no sólo la Sociedad Psicoanalítica sino también la vida misma, Marta, Lucas y Gustavo llevaban tantos años juntos que transmitían la falsa imagen de ser un bloque compacto, aunque los verdaderos fueran tan sólo ellos dos y Marta se les hubiera unido mucho más tarde, durante la llamada “etapa de Viena”, cuando los tres se formaban en psicoanálisis en la capital austriaca. A finales de los años setenta, compartieron un apartamento en las inmediaciones del Prater Amusement Park de Viena y ya entonces se manifestó en Marta una absurda vocación de líder así como un obsesivo afán de notoriedad que poco a poco fueron convirtiéndola en un ser tan peculiar como difícil de soportar.

Desde siempre, Gustavo tenía la convicción de que Marta se había enamorado de Lucas al principio de su convivencia en Viena y que él, que no sentía ninguna atracción por ella, había llegado a desquiciarla hasta el extremo de predisponerla en su contra ya de por vida, pues Marta parecía rivalizar siempre con Lucas Martín intentando superarlo tanto en lo profesional como en cualquier otra faceta en la que llegaran a coincidir. Por el contrario, Lucas eludía sistemáticamente cualquier confrontación con su amiga adoptando una actitud de indiferencia hacia ella que llegaba a perturbarla más todavía, alentándola a que perseverara en la personal guerra de sinrazones que había iniciado como respuesta a su despecho.

Cuando estaban casi a punto de despedirse —mientras hablaban por teléfono, ninguno de los dos imaginaba que estaban manteniendo su última conversación—, Lucas le dijo a Gustavo que esa mañana, por equivocación había recibido en su despacho un paquete dirigido a él. “Lo tengo en casa, mañana te lo llevaré al Círculo”. Por supuesto, Gustavo no sabía que ésas eran las últimas palabras que oiría decir a su amigo.

Gustavo Arriaga necesitaba digerir lo que de un modo tan brusco acababa de irrumpir en su, hasta entonces, monótona existencia. No solía beber a esas horas, sin embargo pidió que le sirvieran un *brandy* mientras repasaba mentalmente los últimos acontecimientos. En muy pocas horas le habían convocado a una cita notarial bastante inusual; un sacerdote fallecido muchos años atrás resurgía del pasado para introducirse en su vida sin previo aviso; el recuerdo de la única mujer a la que había amado embestía con fuerza en su presente reavivando unos velados y dormidos sentimientos. Y, lo que era peor, acababa de saber que su mejor amigo había muerto.

Mientras tanto, él se sentía solo y estaba bebiendo en un bar a la misma hora en la que un aburrido auditorio tendría que estar soportando una plúmbea disertación acerca de “Las instancias psíquicas que rigen la angustia”.

“¡Vaya mierda!”, se dijo a sí mismo después de sorber un trago sin llegar a paladearlo.

Sin poder evitarlo, Gustavo Arriaga se vio invadido de nuevo por los mismos recuerdos que intrusamente habían emergido del subconsciente tras la conversación que mantuvo con Luis Vila, el pasante de la notaría de Soria. Como su debilitada voluntad no llegaba a ejercer control sobre ellos, Gustavo terminó por ver al viejo cura de la parroquia de San Florián sentado a su lado liando un cigarrillo junto a una jovencísima Alma que sostenía en las manos un tazón de chocolate caliente que estaba a punto de beber. De repente, el lugar que ocupaba en el bar del Círculo de Bellas Artes se había transformado en la mesa camilla de la salita de don Antón en su casa abadía de San Florián. No tardó en materializarse la presencia del risueño y alocado Hans que, apenas tomó asiento junto a ellos, puso las manos debajo del faldón para templarlas con el calor del brasero. Hans siempre tenía frío, un frío que también Gustavo percibía aunque nada tuviera que ver con la agradable temperatura ambiental del Círculo de Bellas Artes. Era un frío que procedía del interior y se manifestaba con tal intensidad que ninguna fuente de calor podría aliviarlo por más que se aproximara a ella.

Tan surrealista era la escena y tan real la visión que Gustavo se dio cuenta de que el buenazo de *Tom* rascaba con insistencia los zapatos para reivindicar su presencia y reclamando su atención.

“¿Quieres dar un paseo, Tom?”, susurró Gustavo en voz baja teniendo la precaución de que nadie en el bar pudiera oírle.

Por primera vez, Gustavo Arriaga comprendió lo que se debe sentir cuando se está al borde de perder la razón.